A veces, olfatea en la serena
atmósfera un lejano olor á avena
recién segada... Párase un momento.

Tiembla su vientre escuálido en la cincha,
mueve la cola flácida, relincha,
y vuelve á proseguir con paso lento.

PAISAJES

Á FRANCISCO A. DE ICAZA

I

Campos de trigo, olivares,
parras, y bajo las parras,
jarras frescas y guitarras
y somnolientos cantares.

La tierra es una gitana
—pelo negro y clavel grana—
desnuda al Sol, que envenena
la sensualidad del viento
con su lascivo y violento
olor á carne morena.

La polvareda asfixiante
es como la roja flama
de un horno encendido, y él
aire cálido y fragante,
es una boca de llama
que al besar quema la piel.

II

¡Luminosa paz de estío
sobre los secos trigales!
Entre sauces y mimbrales
tirita de fiebre el río.

Flota una alucinación
de luz... Aletarga el viento,
como la respiración
de un labio calenturiento.

Espeja el agua dormida
de sopor, la calentura
del Cielo. Pasa la vida
á través de la espesura
en estas siestas de estío,
tan queda que no se siente,
igual que el agua del río
bajo los arcos del puente.

III

En los álamos dormidos
bajo el sopor de la siesta,
el calor tiene zumbidos
de colmena. La floresta
se deshoja calcinada.

Nuestra propia voz parece
que también aletargada
de pereza desfallece.

Todo bajo el Sol se enerva:
al sueño el párpado cede,
y alzar la mano no puede
la menor brizna de hierba,
mientras turbia la pupila
sigue la paciente trama
de alguna araña que hila
sus redes de rama en rama.

IV

La carretera se esfuma
en la plana polvorienta
de Sol... La lejana venta...
El aire es como una bruma
de asfixia. Sólo chumberas
brotan del ríspido suelo
y esqueléticas higueras,
cuyos ramajes parecen
que agua mendigan al Cielo
porque de sed desfallecen.

Entre el polvo, entre las vallas
secas y el rodante estruendo
de cascabeles y trallas,
con rabiosa persistencia,
un perro ladra, corriendo
detrás de la diligencia.

LOS JARDINES TRÁGICOS

Á LUIS RODRÍGUEZ EMBIL

I

Viejo jardín, el aire entristece un misterio
inexorable como la pena de la vida.
Pareces, al crepúsculo, un viejo cementerio
donde aún resuena un último adiós de despedida.

La luz de tu belleza fatal nos avasalla...
En ti todo es olvido... Y el corazón se siente
hoja seca en el árbol, rosal en la muralla,
y hasta gota de agua en tu morisca fuente.

Eres, bajo el encanto de la luz oro y rosa,
como una vieja música cálida y olorosa
á la que cada espíritu pone su propia letra.

Y cuando de la Noche el negro enigma avanza
quien en tus taciturnas soledades penetra,
se deja en los umbrales perdida la Esperanza.

II

Perdura en tu belleza trágica el infinito
dolor de alguna antigua estirpe desterrada,
y hasta la voz del agua espira como el grito
de una robusta y joven garganta estrangulada.

En la fragante cárcel bermeja de ladrillo,
donde tu viejo espíritu suspira aprisionado,
la herida del crepúsculo tiene el caduco brillo
de un antiguo y sangriento damasco deslustrado.

Al cerrarse tu puerta tras nosotros, parece
que se cierra el sepulcro... Todo se desvanece.
Se plega nuestra alma como una sensitiva

y se queda en el pecho el corazón inerte,
mientras recorre el miedo de nuestra carne aún viva
el brusco escalofrío y el terror de la Muerte.

III

Todo tiene una vaga extenuación. La tarde
de trágica pavura tu silencio ilumina,
y de la vieja alberca en los cristales arde
el temblor de la última hoguera vespertina.

Se desangra el crepúsculo estival gota á gota,
y en la sombra fragante del naranjal se siente
sólo el llanto del agua que, tímida, borbota
en la flor centenaria del mármol de la fuente.

El corazón nos punza una aguda tristeza,
y entre las manos, pálida se inclina la cabeza
que el lejano recuerdo de un imposible agobia...

Todas nuestras potencias se tienden al olvido
de todo, entre los brazos amantes de una novia
que no puede ser nuestra, porque nunca ha existido.

IV

Lenta como la tarde, siento que en esta hora
mi vida se desangra sobre el jardín sombrío.
Hay un dolor remoto que en mis pupilas llora
y algo que hace á mi carne palidecer de frío.

Yo no sé qué recuerdo á mi memoria viene.
Para besar á un sueño mi labio se despierta,
mientras la planta nómada de pronto se detiene
y el alma vuela errante igual que una hoja muerta.

Aquí fué. En esta hora, bajo el verde ramaje
nos vimos. Yo sería su cautivo ó su paje
y ella alguna Sultana del viejo alcázar moro.

Nos besamos... Se eriza de pavor mi cabello
igual que si sintiera, de pronto, sobre el cuello,
el golpe agudo y frío de un yatagán de oro.

V

En el jardín dormido flota algo indefinible
y su silencio rasga un grito de agonía,
como el adiós eterno de un amor imposible...
Y hay un alma que llora de amor junto á la mía.

¿En dónde estás, gemela? Acaso ahora te encierra
el Destino en alguna de esas formas aladas
que cruzan, fugitivas, sin dejar en la tierra
más que la triste sombra de sus negras miradas.

Aún recorre mi carne mortal escalofrío...
Corazón, dì, ¿qué esperas? Aún parece que escucho
un corazón que late también dentro del mio...

Entre los laberintos del pasado me pierdo,
con esa sonnolencia de los que amaron mucho
y ahora tan sólo pueden amar en el recuerdo.

VI

Sobre el frágil ensueño de los blancos rosales
va deshojando el día su última violeta,
mientras doblan lejanas las campanas claustrales
por alguna novicia amada de un poeta.

Un perfume de agua corriente se respira;
la brisa es luz de seda y aroma de jazmines.
La tarde es una virgen que al ser violada, expira,
ensangrentando el verde tapiz de los jardiues.

Este morir tan lento de la luz me acongoja...
Perdemos la conciencia... Nuestra alma desea
ser pétalo en el cáliz que al viento se deshoja,

gota de agua en la fuente que suspira encantada,
y la última ráfaga de luz que parpadea
sobre las altas torres lejanas de Granada.

VII

Yo no sé qué tristeza romántica se siente
viendo morir la tarde en los viejos jardines.
La luz es una lluvia de rosas, y el ambiente
es un deshojamiento de frágiles jazmines.

Las copas de los árboles se hinchan como senos
al soplo de las brisas húmedas y olorosas,
y nuestras impacientes manos echan de menos
otras manos amadas que oprimir temblorosas.

A una novia que fuese muy pálida y muy buena,
yo en esta hora lírica le contara mi pena,
sin palabras, mirándola al fondo de los ojos,

y abrazado á su cuello mis cuitas lloraría...
Y ella, muda de angustia, mi llanto enjugaría
con sus trémulos labios cálidamente rojos.

VIII

Tienen estos cipreses un aire taciturno...
Mudos espectadores de tantos viejos dramas,
¿qué recuerdo estremece bajo el azul nocturno
el obscuro y perenne verdor de vuestras ramas?

En un ansia de fuga, cuando el viento os agita,
toda vuestra osamenta secular se estremece
como si huir quisierais de esta tierra maldita
que la sangre de tantas tragedias enrojece.

Sangran en vuestros troncos antiguas cicatrices...
¿Qué crimen á la tierra liga vuestras raíces?...
Por entre estos cipreses, mortal, pasa ligero,

y el maléfico influjo de sus sombras evita,
pues donde se proyecta su ramaje agorero
hasta la hierba humilde de pavor se marchita.

IX

En el jardín que sólo viejo ciprés sombrea,
silenciosa y vacía, brilla al Sol una fuente.
Su mármol donde el musgo inmemorial verdea
correr la voz del agua ha siglos que no siente.

Tal vió, que sus pupilas cegáronse de espanto,
y quedó desde entonces inmóvil y callada...
¿Fué en ella, acaso, donde Boabdil secó su llanto
al salir desterrado por siempre de Granada?

La frescura del agua, que va á invadir parece
en la calma nocturna sus mudos alabastros,
y de gozo su pétreo corazón se estremece,

como una pobre ciega que abre con alegría
sus pupilas de sombra, á ver si ve á los astros,
pues despertó á la Luna soñando que veía.

X

Yo no sé qué misterio estremece tus frondas,
que en el pradial encanto de tus bosques floridos
mis angustias se acerban y se hacen más hondas
y de dolor se mueren mi alma y mis sentidos.

El cáncer incurable del Tiempo desmorona
tus muros, que ensangrientan de ladrillos el suelo,
y á tus ramas crispadas retuerce y convulsiona
un dolor que no admite ni treguas ni consuelo.

Mirándote, en mi espíritu algo se desentierra.
Lo que en mí es tierra quiere regresar á la tierra...
Tu música me inquieta y tu luz me acongoja,

y hasta tus rosas tienen ese aire de amargura
que entristece á esas flores humildes que deshoja
una mano piadosa sobre una sepultura.

XI

Viejo jardín sombrío, tu belleza es tan triste,
gravita en ti tan dura sentencia inexorable,
que parece decirnos:—No esperes, que no existe
para tu mal remedio: tu herida es incurable.

Todo es inútil. Sufre la ley de tu destino.
El consuelo es un mito y tu esperanza vana...
¿Por qué, ciego, te paras en mitad del camino,
si mucho más que hoy sufres, has de sufrir mañana?

Sé inconsciente cual una hoja que arrastra el viento.
Tu mayor enemigo está en tu pensamiento.
Ahoga tus sentimientos entre tus propias manos,

no vayan en sus garras ellos á estrangularte,
y piensa que en ti llevas hoy vivos los gusanos
que mañana en la tumba habrán de devorarte—.

ROMANCES MORISCOS

Á AUGUSTO VIVERO